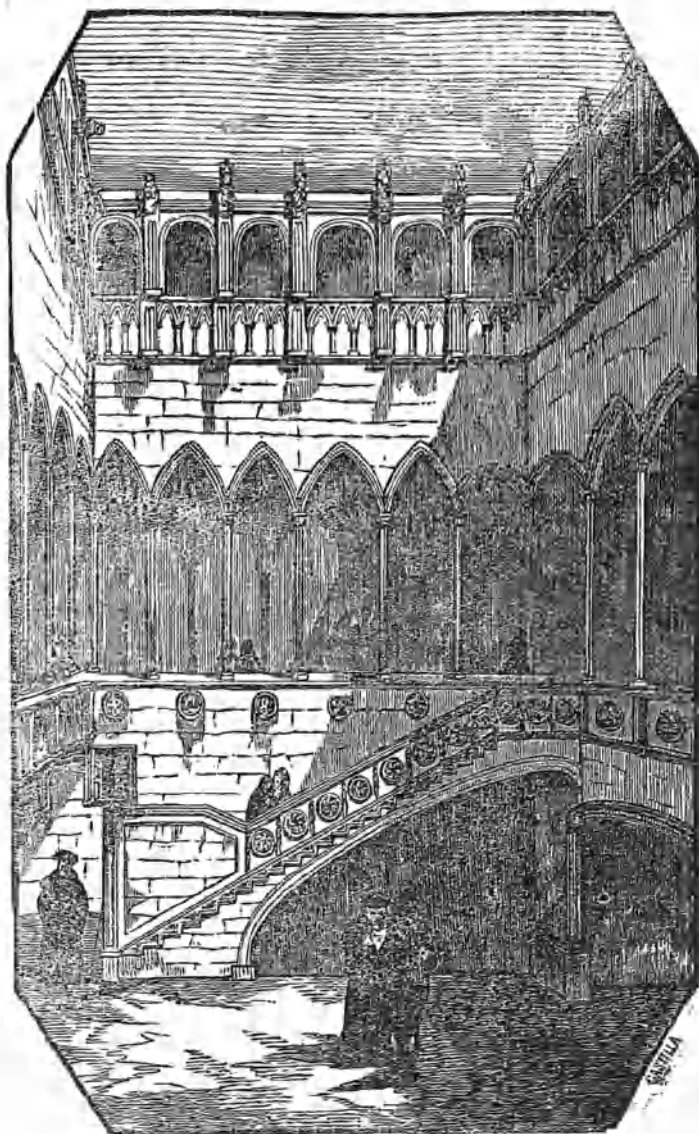


ESPAÑA PINTORESCA.



LA CASA DE LA DIPUTACION,

(Hoy Audiencia de Barcelona)

Y

ARCHIVO GENERAL DE LA CORONA DE ARAGON.

En 1436 tuvo principio la construcción de este hermoso edificio, con el objeto de servir de palacio para la reunión de los estados provinciales, y en 1718 quedó destinado á la real audiencia, que aun sigue en él; sirviendo también para morada del regente de la misma, y para la conservación del archivo general de la corona de Aragón.

El arquitecto Pedro Blay restauró en 1598 el antiguo palacio de la Diputación; y como hombre de gusto supo conservar lo bueno de la antigua construcción, tal como la preciosa puerta de la capilla de S. Jorge, la escalera, el patio, el claustro grande y el patio alto de los naranjos, y añadió nuevas bellezas, como la fachada principal frente á la plaza de S. Jaime, y el salon que llaman de S. Jorge con su cúpula, (hoy vivienda de los regentes de la audiencia.)

AÑO VII.

La portada de este noble y grandioso palacio tiene cuatro columnas sobre pedestales: el primer cuerpo almohadillado le sirve de zócalo, y en los extremos hay resaltes con dos pilastras cada uno, de orden corintio que llegan hasta el cornisamento, sobre el cual sienta una balaustrada. Son muy elegantes las ventanas que le guarnecen, y sencillas las del segundo cuerpo. Son igualmente notables por su belleza la puerta de S. Jorge, el hermoso claustro (cuya vista vá al frente de este artículo) y la escalera.

Pero lo que hoy vale mas en este suntuoso palacio, es la riqueza histórica y literaria en él contenida, ó sea el *Archivo general de la corona de Aragón*, el mas antiguo, copioso, completo y bien ordenado que se conoce en Europa, y al cual se ha reunido el de la antigua diputación general. Conserva documentos desde el tiempo en que tuvie-

10 de julio de 1842.

ron origen los condes de Barcelona hasta el presente. Se guardó este precioso depósito en el real palacio por espacio de nueve siglos, hasta su traslación á la real audiencia, mandada verificar en 1766, la cual se puso en ejecución en 23 de abril de 1770, continuando el transporte de libros y documentos hasta el 30 de abril del siguiente año habiéndola verificado en 157 viajes con la mas rigurosa escrupulosidad y buen orden.

Los documentos que pertenecen á este solo archivo, forman un total de 8000 volúmenes en folio, 20,000 escrituras sueltas, 900 bulas pontificias, y otra multitud de papeles auténticos y curiosos, pertenecientes á los condados de Barcelona, Urgel, Rosellon, Provenza y Cerdeña; reinos de Aragón, Valencia, Mallorca, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Córcega, y señorío de Mompeller, y demas estados que formaban la antigua corona de Aragón, y otros relativos á correspondencias diplomáticas con todas las potencias de Europa, Asia y Africa; despues de los cuales deben contarse los libros y demas papeles de la diputacion general, que forman un cuerpo casi igual á los anteriores.

Todos estos documentos se hallan preciosamente conservados, y son diariamente renovados, dándoles hermosa encuadernacion, y haciendo varios repases en los que se hallan apulillados ó maltratados por el transcurso de los siglos; en cuyo arreglo y órden nuevo será bastantemente alabado el celo é inteligencia del último archivero D. Próspero Bufarull; el cual trabajó tambien des hermosos índices hechos con la mayor escrupulosidad: de modo que á primera vista se halla cuanto corresponde al reinado de cada soberano, siguiendo despues por órden rigurosamente cronológico, las materias, las fechas por capítulos, días, y su correspondencia moderna, y el lugar que actualmente ocupa cada documento, con expresion del que antiguamente ocupaba; lo cual forma una completa correspondencia con los índices antiguos: y en seguida comienzan otros índices de materias con sus referencias al gran índice, de modo que en el dia con una sola ojeada adquiere el lector conocimiento de cualquier hecho histórico, fundador, privilegio etc., trabajo esquisito y de la mas notoria utilidad. Y como por el abandono en que estuvieron los documentos antes de su traslación al actual archivo hubiesen resultado muchos maltratados, se copian estos en caracteres modernos, y se conservan con los originales, resultando de esta espresada diligencia del Señor Bufarull, (que no dudamos habrá sido imitada por sus sucesores) un interesantísimo servicio á la historia nacional, á la propiedad, y á la instruccion pública.

Igualmente si llegó á terminar dicho Sr. Bufarull la utilísima obra que trabajaba de los condes de Cataluña, á lo que habia reunido los mas preciosos documentos, y un árbol genealógico desde Vifredo el Velloso, hasta Fernando VII. Hombres como Bufarull, debieran ser eternos para bien del país que les vio nacer.

COSTUMBRES.

EL TEATRO LUGAREÑO.

Mucho se ha escrito sobre el teatro antiguo y moderno, sobre el español y el extranjero; pero á nadie, que yo sepa, le ha ocurrido escribir sobre el teatro lugareño, el cual se halla en el dia, por decirlo así, entre Thespis y Es-

lla. Aquel tenia por escenario un carro, es decir, que venia á ser como la compañía de *Angulo el malo*, que tapó Don Quijote, cuando andaba por el mundo; este otro ya levantó un tablado, en lo cual sacó ventaja á muchos teatros lugareños, que ni aun esto tienen. De aqui inferirán los lectores que por teatro entiendo, el teatro, es decir, el sitio en que se representan las comedias, no la coleccion de ellas; de que mal pudiera hablar, siendo lego en la materia.

No estaba yo tampoco muy al corriente en esta de tratros lugareños, hasta que el año pasado hube de entender en ello bien á mi pesar.

Es el caso que en mi pueblo, que está ahí á mano derecha, como quien va á Roma, nos reunimos durante las eternas noches del invierno una porcion de literatos, que todos sabíamos leer y escribir, y ademas las cuatro reglas y algunas del Nebrija. Para quebrantar la monotonia de nuestra existencia, tratamos de representar algunas comedias caseras; pero á cada paso encontráhamos mil inconvenientes, y principalmente por parte de las actrices, pues las que podian no querian, y las que querian, no servian ó se cortaban.

En esto llegó afortunadamente á nuestra noticia, que en un pueblo inmediato habia una compañía de la legua, que habia venido á representar durante las pascuas, y concluia su contrata el dia de S. Silvestre. No fue necesario mas para que todas las miras se volviesen hacia aquella parte, y todos, tirios y troyanos, improvisamos una comision, para que entendiese en este asunto, que para nosotros era de tanta monta, como las vueltas de Rabiní y la Paulina al Liceo de Madrid, respetando las distancias.

Yo me guardaré muy bien de referir por menor los trámites por donde este negocio se condujo, y los muchos incidentes ora serios, ora ridiculos que ocurrieron á la comision hasta ver cumplido su objeto, y á los cómicos instalados en el meson del lugar, entre sus numerosos chiquillos, y sus desventajados baules. Por otra parte que quiera enterarse mas á fondo, puede salir del paso con leer el artículo del *Contoso Parlante*, titulado *Los cómicos en cuarentena* (tomo I.º, pág. 45, 3.ª edicion).

Por desgracia en el pueblo nada habia absolutamente que pudiera servir á nuestro objeto, y por de pranto ni aun teatro. Para que nuestros lectores formen una idea de la escasez de recursos en que nos halláhamos y de la prodigiosa inventiva de la comision, véanse aqui entre otros datos los siguientes, que podrán tambien servir de guia para estos casos apurados.

El teatro se arrojó en la sala del concejo, la cual estaba en posesion de prestar este servicio por una módica retribucion á todos los titiriteros ambulantes, así como tambien el corral inmediato servia para los piemonteses, que enseñaban el oso, el mico y el camello. El archivo del ayuntamiento, que se comunicaba con la sala susodicha por una portezuela, servia de vestuario comun de dos, es decir, para uno y otro sexo. Servian de bastidores cuatro cartinas de indiana oportunamente colgadas, de forma un trillo, y de lucerna una enorme cebolla forrada de papeles de colores, en la que habia clavados cuatro candiles de garabato. El telon de boca se componia de dos colchas con sus correspondientes cuerdas para subir y bajar. En cuanto á decoraciones no habia mas que una, que era la pared blanca y lisa como quedó de manos del albáñil, pero mudando los accesorios servia para todo: v. g. si era de campo ó bosque, se ponian á distancias regulares tres ó cuatro arbolitos cortados aquel mismo dia en el seto. Si se necesitaban montes, se figuraban con unas cartones colgados de la pared y pintados de almazorro y sombra de venecia. Para las decoraciones de cárcel, se

malaza, para lucir algun día en mas amenos vergeles, y objeto por fin de las halagüeñas miradas de mas de cuatro socios. Pero ni todas estas gracias, ni la favorable predisposición que habia en su favor, pudieron conjurar aquella tormenta.

Habíanse introducido en las sillas vacantes que se denominaban lunetas, por la módica retribucion de 12 cuartos y 6 de entrada, dos mozancones forasteros, en cuyas estúpidas miradas se revelaba que no sabian de vista ni de oídas lo que era comedia. Desde el principio de la función se notaron algunos síntomas alarmantes, que dieron á conocer lo que se podia esperar de aquel par de ciudadanos; pues lo primero que hicieron fue encender sus cigarrillos en la cebolla-lucerna. Con este motivo principió ya la disputa, con la obligada fórmula de

— Buen hombre, apague ese cigarrillo.

— No me á la gana; porque donde pago allí fumo y allí...

— Pues se guardará V. de hacer lo primero, y menos aun lo segundo: sobre todo no mence la lucerna.

— Toma chico: luciérnaga llaman á esa cebolla: pues si no quie V. que la toque, écheme un sinfaro.

— ¿No ve lo que dice en ese cartel con letras gordas?

— Me ofende lo negro.

— Pues ahí dice: *caballeros, no se permite fumar.*

— Eso no reza conmigo, que soy de á pie.

Afortunadamente llegó el alcalde en aquel momento, y les intimó que irían á casa de tía si persistían en su empeño, y entonces hubieron de ceder. En cambio se desquitaron poniendo motes á todos los que habia alrededor, y en menear de cuando en cuando la cebolla, lo cual juntamente con algun otro motivo secreto obligó á los socios inmediatos á ir evacuando poco á poco lunetas, con el pañuelo en las narices. Esto les vino á los gañanes á las mil maravillas, para tender las piernas en los asientos inmediatos, y rascarse á su sabor.

Poco rato despues el uno roncaba, y el otro bostezaba con frecuencia, señal de lo mucho que les interesaba el espectáculo. Por fin uno de ellos rompió el silencio, y sin dársele un ardiente por lo que decían los cómicos, dijo en voz alta á su compañero, que acababa de despertar. — Zeliipe ¿que lástima de pezeta pa un conejo! — y al decir esto estiraba los brazos por encima de la cabeza. Aquellas palabras escitaron la risa del patio, y á duras penas se logró restablecer el órden.

Pero principió el segundo acto, y aqui nos esperaba la negra suerte. El público estaba en gran parte aburrido de ver que no habia tiros ni ruidos de tambores y campanas, y contestaba con murmullos á los aplausos que algunos de los socios prodigaban á la Inesilla. Salió por fin el galán *Figura* haciendo de general retirado, con la pierna liada, y diciendo que estaba gotoso. Así que lo oyó el llamado *Zeliipe*, sepuso en pie, y creyendo que era de veras, le dijo con toda su alma.

— Póngase V. unas medias de lana de perro de aguas.

— Calle V., dijo uno de los socios, y no interrumpa á cada momento con sus barbaridades.

— Pues no es barbaridad, que á mí amo le fue muy bien con ellas, y yo se lo advierto al señor porque es obra de simlicordia.

— ¡Habrá bárbaro semejante! si no calla V., le abré aqui mismo la cabeza. — Y al decir esto enarboló el baston, que tenia por empuñadura una formidable cabeza de perro dogo. Levantáronse los socios en favor de sus compañeros, y el patio en contra de las levitas. Todo anunciaba que aquello iba á ser un campo de Agramante, cuando al ir *Zeliipe* á repararse de un bastonazo, pega una puñada á la lucerna, cuyos candiles volaron en opuestas direc-

ciones: al mismo tiempo los cómicos dejan caer el telon, y todo queda á buenas noches. Ruedan las sillas, crujen los bastones, chillan las mujeres, y el alcalde grita en vano *favor á la justicia.*

Aquella era una confusion horrible y á oscuras como el cabos, hasta tanto que salió *Figura* con un candil en la mano, y alumbró una escena de desolacion. Las vigas concejiles no acostumbradas á tan excesivo peso principian á rechinar y quebrarse: húndese parte del pavimento, y algunos de los socios hajan al zaguán por escotillon, y otros quedan colgados en las vigas ó con la pierna metida en un agujero, cual si estuvieran en un cepo.

En medio de aquel cuadro tan horrible, casi escitó la risa la ocurrencia de *Zeliipe* que al ayudarle *Figura* á descabalar de una viga en que estaba montado, como Sancho cabalgar de una viga en que estaba montado, como Sancho cuando le robaron el rucio, le decia al oficioso galán con aire resuelto, ¡vaya que pa estar gotoso aun tiene fuerza en las muñecas! *no se olvide de las medias de perro de aguas.*

UN AFICIONADO LUGAÑENO.



NOVELA ARABE.

EL AMOR.

(Conclusion. Véanse los dos números anteriores.)

Los meses despues de este coloquio, habiendo penetrado el ejército de El Mansur sin obstáculo hasta los fosos de las murallas de Barcelona, ganó por asalto la plaza, y conduciendo una multitud de cautivos cargados con despojos de sus iglesias, emprendió su marcha hácia las fronteras. El Hagib volvió á Córdoba con su hijo y su séquito. La campaña habia sido tan corta como venturosa, y todavía estaban en los hermosos dias del otoño, cuando El Mansur depuso la armadura de general para vestirse otra vez la almalafa de ministro.

La mañana del primer *Djuma* despues de su regreso á Córdoba, hizo llamar á Yesid Abd-El-Malek, y estando los dos solos: — "Recurro á tu amistad, le dijo el Wali de Fez con tono misterioso: ¿puedo contar con ella? — ¿Qué ordenas? le respondió Yesid. Todo cuanto puedan conseguir las fuerzas humanas, me encargo yo de emprender."

"Tu ciencia y tu discrecion solamente es lo que yo reclamo, repuso Abd-El-Malek. Una dama, á quien me liga el mas tierno interés, se encuentra enferma de peligro; pero venida en secreto á Córdoba, rehusa los auxilios de la medicina, antes que se sepa su casa, y con ella quien es su familia y su nombre. Yo he prometido para vencer obstáculos tan legitimos, que tu consentirás en ser conducido á su presencia, y vuelto á conducir á tu casa como un ciego, hendados los ojos. ¿He presumido demasiado en tu confianza y en tu afecto?"

"La promesa de tu boca, dijo Yesid, es como el juramento de la mia: se cumplirá."

"Te doy las gracias, repuso Abd-El-Malek. Al salir del baño, ponte tus vestidos de gala, asiste á la *Khotbah* del califa, y cuando los creyentes dejen la mezquita, sal por la puerta del Perdón: allí encontrarás un guía para conducirte."

Yesid observó con puntualidad las instrucciones del Mansur. Dejó el templo, así que el *Iman*, pronunciando la formula del *tebir*, hubo hecho la salutación á derecha é izquierda. Y apenas habia pasado el umbral de la puerta de la mezquita, cuando un enano negro le llamó por su nombre, y asíéndole de paso, sin pronunciar mas palabra, le hizo meterse en un palanquin llevado por seis esclavos. El enano se sentó á su lado, le vendió bien los ojos, despues de haber corrido las tupidas cortinas de seda que cubrian aquella cama portátil, y mandó echar á andar. El camino no fue largo; pero las brúscas vueltas y cambios de direccion en todos sentidos, anunciaban al joven médico que se querian burlar hasta las suposiciones que él podría aventurar respecto de su camino; ademas de que el silencio absoluto de su guía hacia vana toda especie de pregunta. Cuando paró el palanquin, y apeado Yesid volvió á ver la luz del día, se encontró en medio del patio interior de una casa espaciosa y ricamente puesta. Columnas de mármol blanco formaban, según costumbre general la galería cuadrada que daba entrada á las habitaciones de las cuatro alas; algunos arbustos preciosos rodeaban la fuente de agua viva que se vía correr en el centro del patio, y multitud de aves extrañas, traídas de lejanos climas, y cuyos brillantes plumajes y picos armoniosos encantaban la vista y el oído, aprisionadas en aquel sitio delicioso por las mallas de una red estendida sobre el terrado, se divertían en las ramas floridas todo anunciaba en aquella mansion la nobleza, la opulencia, y un gusto exquisito.

El mudo compañero de Yesid, habiendo llevado á este de la mano hasta la puerta de una sala baja que abrió con precaucion, le hizo señas que entrase, y desapareció. Esta pieza, bastante grande, no tenia mas luz que la que recibía de una ventana estrecha, oblonga y entapizada con una tela de seda, que esparcía en la habitacion una media luz de un color agradable y sonrosado. Deslumbrado con Yesid por la luz exterior, no pudo distinguir de pronto los objetos; pero despues vió una cama colocada sobre un rico estrado, á cuyo lado estaba sentada una mujer cubierta con un largo velo. La enferma y su compañera guardaban un profundo silencio. El se acercó, mudo también, y tomó una mano blanca y juvenil que se le presentaba por entre leves cortinas de muselina. La agitacion del pulso era estremada, pero no irregular como el de un calenturiento, y los dedos de la enferma, oprimiendo los del médico, parecian querer contar también, por el eco

lejano de la pulsacion, las palpitaciones de su corazon. Perplejo y conmovido el mismo Yesid, principiaba á balbucir una pregunta insignificante, cuando de repente se levanta la mujer velada, estiendo sus brazos, se los echa al cuello, y grita: "Hijo mio" Y era Fathmah. A este grito se corren las cortinas, se pone en pie la supuesta enferma al lado de la cama, y dice con voz dulce y halagüeña: "¡Mi amado!" Y era Leila.

El pobre Yesid, como cuando volvió de su letargo en Adjiad, pudo creer otra vez que el cielo se habia abierto para su alma, y que gozaba de la felicidad de los justos. Abrumado bajo el peso de su gozo, desgarrado por los estremos de una alegría convulsiva, se sentia desfallecer bajo las caricias ardientes y celosas que le prodigaban su madre y su amante. La naturaleza, que es muy asistente en el exceso del placer, como en el extremo del dolor, vino en su ayuda: recordó confusamente su profesion y el objeto de su visita: "Está enferma" exclamó lleno de espanto. Pero una mirada de Leila, llena de vida y de felicidad le calmó al instante. Entonces otra duda vino á asaltar su alma, porque la duda es el contrapeso de todas las grandes emociones cuyas excitaciones apaga. ¿Esta amante que vuelve á ver, no es la misma mujer á quien un tierno interés liga á Abd-El-Malek? ¿Cómo se encuentra en esta rica mansion? ¿A qué haber tomado estas precauciones? Todos estos pensamientos brillan en sus ojos como los repentinos relámpagos de una tempestad, y súbitamente, como el gusano que corroe el dátíl hasta el hueso, la mas horrible sospecha se oscurece entre sus alegrías, y le desgarró el corazon.

En tal momento aparece Abd-El-Malek sereno, afectuoso y sonriendo, y: — "Permite ¡oh hijo de Ayub, le dice; permite á la amistad que ha participado de tus penas, que participe también de tu felicidad. El cielo ha querido que yo fuese el instrumento de ella. Tu abandonaste por seguirme todos los objetos que hacen la patria amable: Yo no quiero en manera alguna tu completo sacrificio. Te vuelvo la madre que te ha dado dos veces la vida; y esta virgen, compañera escogida por tu corazon, que te hará bendecir todos los instantes de aquella. Esta casa es tuya con cuanto encierra; este será tu regalo nupcial. Pared por medio está la mia, y tú podrás, como no ha mucho, en nuestras vecinas tiendas de campaña, velar por mi vida, que te está confiada. Una casa exige en recompensa, y es que el día de *El Fátima* (1), cuando tus amigos, armados con sus cañas de oro y marfil, acometan por tí el pavelon de la novia, defendido por sus jóvenes compañeras, que sea yo el que acudille su alegre cuadrilla; y que cuando Leila te hubiese hecho padre, presida yo la fiesta del bautismo (2), y que tu hijo primo-génito lleve mi nombre.

Cada palabra que salía de la boca de Abd-El-Malek caía como un rocío bienhechor sobre el corazon de Yesid, para extinguir en él el fuego de las celos, y para dar pábulo á los de la mas ardiente gratitud. Demasiado conmovidos, demasiado penetrados del mas sincero reconocimiento para encontrar, aun en su idioma rico y apasionado palabras que pudiesen expresar sus sentimientos, los tres seres felices se prosternaron á los pies de Abd-El-Malek, é inundaron con dulces lágrimas sus manos generosas. Y el hijo de El Mansur repetía, estrechándolos en sus brazos: "Que Allah reciba vuestra accion de gracias" ¿No es su profeta quien dijo: "Pon tu confianza en el Señor: jamás frustra una justa esperanza?" —

L. VIARDOT.

(1) La boda.

(2) La fiesta de las buenas encantadoras.

ESTUDIOS MORALES.

LA COQUETA.

La coqueta es el doble y contradictorio producto de la naturaleza y de la civilización; que obedece de un mismo modo á ambas potencias, sin satisfacer á una ni á otra. Es una criatura mista, que ni es la mujer de la sociedad ni la mujer de la naturaleza.

La coqueta de los salones se juega desde luego bastante enriquecida por la naturaleza, para que la educación haya podido subyugarla; demasiado completa para aceptar la vida enteramente doméstica de la mayor parte de las mujeres, necesita dinero mas bien que matrimonio, y actividad mejor que descanso. Sus pasiones la crean necesidades imperiosas, á las cuales obedece combatiéndolas. El amor y el poder la son bien conocidos; pero la civilización que la ha dirigido, la ha enseñado por medio de la educación que es peligroso el seguir las inclinaciones y las necesidades de la naturaleza: la ha dicho que la naturaleza castiga con la inconsideración, y que concluye por perder al imprudente que osa despreciar las leyes del mundo; la ha hecho conocer el egoísmo del hombre, que nada tiene que desear; los peligros de la mala conducta y sus funestas consecuencias. La mujer de la civilización nada ignora, todo lo sabe. Acostumbrada á raciocinar, á calcular todas las cosas, comprende que la consideración es la virtud, que la virtud de la mujeres es la abstinencia... Pero la naturaleza pide, y la civilización rebusa: si la una quiere, la otra niega: si la una es ávida, la otra es imperiosa... Ambas son fuertes, ambas se presentan á descubierto... ¿qué puede hacer la hija de la naturaleza y de la civilización entre estas dos exigencias?... ¡Pobre joven! impelida á la vez por dos fuerzas iguales en actividad, ni osa obedecer á la que teme, ni ceder á la que encuentra insuficiente... ¿Qué hará? ¿Qué será de ella? La mujer de talento halla entonces un asilo contra tan crueles exigencias en la coquetería, el menos arriesgado de los vicios.

Hé ahí de qué modo hace una ciencia de la coquetería: hácese coqueta por engañar á las pasiones que la agitan, por entretener sus deseos, por emplear, por dar distinto giro á sus facultades, y en fin por hacer algo... Su tributo al amor llega hasta ciertos límites. La delibridad es la barrera colocada por la civilización entre el fastidio de la virtud y las consecuencias del crimen. Esta barrera es cubierta de terciopelo, como las maderas que forman el trono, jamás debe ser traspasada por la coqueta. El mundo así lo quiere, porque la coquetería es la transacción de la sociedad con el crimen. Toma de la sociedad todo lo que cede á la naturaleza, y de ésta todo lo que permite á aquella; pasa por entre todas las exigencias sin herir á ninguna, burlándose de todo y valiéndose de todo... Cual diestro cochero, pasa á través de todas las pasiones gritando á un lado, pasa junto al vicio sin derivarle, junto al peligro sin llegar á él; toma el amor sin rendirle; es activa, amada, aplaudida, abseñada, sin ser culpable, sin tener por qué ruborizarse. La mujer ordinaria se rinde, la coqueta capitula: esta conserva el poder de la gracia, cuando la otra no conserva nada. Este cálculo es una industria, y la industria es la ley de la época. ¿Y quién se atreverá á reconvenir á las mujeres porque negocien cuando no las son permitidos los sucesos de las pasiones?

La mujer coqueta es sencilla con uno, ligera con otros; es seria, alegre, activa ó franca, según la necesidad; pero amable y discreta con todos. El libro en que estudia noche y día es su corazón. Ese corazón que no puede emplear; ese corazón que la civilización la manda abogar, y que la naturaleza ha enriquecido demasiado para que deba morir; ese corazón la sirve para hacer lo que seduce, lo que encanta, lo que agrada. En vez de entregarlo entero y de enriquecer con él á un hombre, le reduce á moneda menuda, que distribuye á todos y á cada uno como por vía de limosna. Así es que á fuerza de sacar de su tesoro, al fin llega á agotarse. A uno le dá ternura; á otro gracias; á este una declaración que le hace esperar; al otro una confianza que le seduce. Y de todos esos dones arrojados al viento ¿qué le queda? Casi nada.

Cuanto la mujer sencilla se halla enteramente perdida, ¿cuántos siglos se necesitarán para formarla de nueva con las partículas esparcidas que siembra y derrama la coqueta? ¿Qué trabajo! ¿Cuál será lo verdadero? ¿Cuál será lo falso? ¿Quién será capaz de distinguirlo? ¿Qué obra para los siglos futuros!... Cual verdadero emblema jeroglífico, la coqueta guarda el secreto del corazón de las mujeres, como las pirámides guardan el secreto de los antiguos. La mujer coqueta es la última transfiguración de la mujer de la naturaleza.

Juega á la coquetería por sentimiento, como los hombres juegan á los naipes por el oro. No pudiendo satisfacer sus necesidades por un amor firme y verdadero, páde á las pasiones artificiales que la sociedad tolera una actividad que la es indispensable para no hacerse aborrecible. Jugando con los afectos de los hombres, con su vanidad, con su orgullo, explota las pasiones de la humanidad en el interés de sus propias pasiones: domina el corazón por la cabeza. La ambición, la duda, el triunfo hacen vibrar alternativamente su alma. Usando de este modo el exceso de sus fuerzas morales, á la manera de un tapete verde en donde nada queda ni de las pérdidas ni de las ganancias, el hombre apasionado se halla al día siguiente mas apto para recobrar la dependencia mezquina en que se ha constituido. Así la mujer joven aun, bastante instruida para conocer las exigencias de su naturaleza y de su posición, busca en la coquetería un manantial de emociones, con las cuales se entretiene interin dura para ella la edad de las pasiones.

Pero huidas las pasiones como huye la golondrina, apenas pasa el buen tiempo, ¿qué es entonces de la mujer coqueta? La coqueta tiene entonces dos recursos; puede volver á su primitiva franqueza y sencillez, ó permanecer tal cual es, falsa y orgullosa. Si la sociedad ejerce sobre ella mas influjo que la naturaleza; si el corazón concluye por usarse y apagarse enteramente en aquel triste juego, la coqueta entonces es una mujer hábil; compone parte de aquellos planteles en que se forman las mujeres políticas: el estudio que en su juventud hizo de los hombres la conduce en una edad mas avanzada, y se hace intrigante, sagaz, necesaria, poderosa... Si por el contrario su desgracia quiere que la naturaleza recobre al fin sus derechos, y no permite que el juego de su corazón se estinga enteramente, llega el día en que la mujer coqueta, presa en las mismas redes que con tanto cuidado habia preparado, elije al fin un partido; entonces ¡desgraciada de ella! su juego llega á ser un asunto serio; su desprecio de los hombres una pasión verdadera; entonces ama la infeliz, ama la realidad, y una pasión del corazón depone el ardor de sus pasiones comprimidas hasta entonces. Pero entonces nadie la cree. Llegó la época del desquite entre aquella mujer y los hombres á quienes engañó. Vá al fin á recoger lo que sembró con mano imprudente, sino criminal. Las du-

das han desgastado su corazón, tanto como le hubiera desgastado el amor. Desconfiada por el conocimiento que tiene de los hombres, el amor es para ella una terrible prueba: acostumbrada á pasiones ficticias, ignora el lenguaje de los verdaderos sentimientos; los experimenta, los siente al fin, pero no sabe comprenderlos: demasiado discreta para el corazón, demasiado sencilla para su talento, padece, se resiente de esta discordancia sin poder remediarla. Semejante á aquellas piezas de artificio reservadas para terminar un espectáculo, las cuales contienen reunidos todos los elementos que el artista ha empleado en detall durante la función, la pasión de la coqueta, es la luz que se apaga espeliendo las mas vivas llamaradas; lo reúne todo; afición, ardor, gracia, coquetería, abandono, candor, debilidad: es de tal modo rica, que el hombre atónito con aquella multitud de atractivos por tanto tiempo reprimidos, no la comprende. A vista de tanta pasión, duda, estudia, busca donde principia y donde concluye la ficción: en su incertidumbre ofende á la desgraciada mujer que le adora sin poder convencerle: porque su pasado está entre ella y él. Desanimada la coqueta padece ella solo lo que ha hecho padecer á todos los demas, y su existencia es lamentable.

Justo castigo de la mujer... justo en efecto: pero si la coquetería, que es una impudencia, es castigada con tanta crueldad, ¿cuál debe ser el castigo de la mujer sin virtud?

LEYENDA.

D. JAIME RUIZ DE ARELLANO.

ROMANCE I.

LA TROVA.

Si no la creéis, señora,
por las obras se verá;
siete años son pasados
que se empecé de amar,
que de noche yo non duerma
aun de día puedo helgar.
Agora.

EL rey D. Pedro, en Montiel,
peleando brazo á brazo,
á un tiempo el cetro y la vida
dió á Don Enrique el bastardo.

Así acabaron las guerras
que tanto tiempo alteraron
con bandos y rebeliones
la paz de los castellanos;

Cuando el famoso Don Pedro,
y Don Enrique su hermano,
de los reinos de Castilla
el cetro se disputaron.

Don Enrique tan cortés
cual valiente y esforzado,
mas pacífico, y que anhela
la quietud de sus vasallos;

Quiso ceñir su corona,
y comenzar su reinado,
indultando á los vencidos,
y á sus amigos premiando

Grandes dones recibieron
los que, en los años pasados,
con armas y con tesoros
y con gentes le ayudaron;

Y grande placer hubieron
al mirarse perdonados,
los que tenían la muerte
por ser á Enrique contrarios.

Amigos con enemigos
confundidos y abrazados,
todos olvidan sus quejas,
y perdonan sus agravios;

Todo es contento en la corte,
y á los pasados estragos
sucedieron los torneos,
cañas, justas y saraos;

Y en fiestas y galanteos
se entretienen descuidados,
mil nobles que en los combates
honra de nobles ganaron.

Hay una dama en la corte,
que es la gala de palacio,
y el tesoro de Castilla
la nombran los hijos del algo.

El conde Ordoño, su padre,
y Don Alfonso, su hermano,
en las pasadas discordias
á Don Pedro proclamaron.

Don Pedro perdió su trono
junto á Montiel espirando,
y ellos en ira encendidos
vengar su muerte juraron.

De Zamora en la comarca
se mantienen sublevados,
por no rendir homenaje
á Don Enrique el bastardo;

Bien conoce Don Enrique
los que meditan su daño,
y buellan su magestad
la paz del reino alterando:

Pero quiere, rey prudente,
sin darse por agraviado,
perdonar á los rebeldes
primero que castigarlos.

Por eso trajo á la corte
dentro en su mismo palacio
á Doña Inés, por ser hija
del conde que es su contrario;

Y la observa con cautela,
siempre cortés á su lado,
y la complace halagüeño
su intento disimulando.

Es Doña Inés muy hermosa,
y, por alcanzar su mano,
no hay día que no se suenen
desafíos y altercados;

Y diera por ser su dueño
Don Jaime Ruiz de Arellano
los trofeos y banderas
que en la guerra ha conquistado;

Sus torres y sus castillos,
sus armas y sus caballos,
sus riquísimos tesoros
y numerosos estados.

Ella le escucha halagüeña,
que es Don Jaime muy gallardo,
y él á Doña Inés adora
rendido y apasionado.

No hay noche que no pasee
una vez, y dos y cuatro,
baje el balcon de su dama
en derredor de palacio;

Y se lamenta y se agita,
y en su bella Inés pensando,
corre, y se detiene, y vuelve
inquieta de arriba abajo.

En fin, Don Jaime, una noche
después de desvelos tantos,
de dudas y de inquietudes,
de penas y sobresaltos,

Y cuando en grande reposo

y en silencio sepultado
se halló el pueblo, y no se oía
rumor alguno en palacio,
Con voz apagada y triste,
cuasi en lágrimas bañado,
hizo resonar su lira
estas estrofas cantando:

1.ª

Dulce es al alma que adora
ver su esperanza cumplida
tras mil desdenes que llora
en duelos de amor perdida.

Dulce es al que amando pena,
al compás de su cadena
entonar trovas de amor,

Y al pie de unas celosías
pasar las noches sombrías
murmurando su dolor.

2.ª

Si por dicha á mis amores
salieseis, bella señora,
á esos altos miradores
mientras que el alba colora:

Si por dicha á mi tormento
dijeseis con dulce acento
dulces palabras de amor,

Cesáran las penas mías
al pie de estas celosías
en que espiro de dolor.

Calla Don Jaime un momento,
porque de Inés en el cuarto
siente ruido, y se estremece,
duda y vacila turbado.

Escucha sin respirar,
su ansiedad disimulando,
y ve que las celosías
van abriendo paso á paso.

Allá en su mente revuelve,
en mil pensamientos varios,
esperanzas lisonjeras
y terribles desengaños;

Y entre dichas y entre penas
breves momentos pasaron,
de gozo y de incertidumbre,
de penas y sobresaltos.

Todo en silencio reposa
en derredor de palacio;
nada se oye, todo calla
en la noche sepultado.

Don Jaime queda tranquilo,
y juzga que ha sido engaño
ó vana ilusión el ruido
que en el balcon ha notado:

Pulsa de nuevo su lira,
pero al desunir sus labios
para cantar, queda el triste
de nuevo inquieto y turbado;

Al ver que desde el balcon
ya bajando muy despacio
un cordon con un billete
á sus extremos atado.

Don Jaime, mudo y atento,
tiembla de gozo mirando
que hay á su mal esperanza
tras de desvelos tan largos;

Y arrebatando el cordon
le deshace con sus manos,
oprimiéndole amoroso
entre sus ardientes labios.

Busca la luz de la luna,
y á sus clarísimos rayos
lee impaciente, el billete
con la vista devorando.

— «Don Jaime, si no es flagido
el cariño que mostrais,
si tan de veras me amais
tan galante y tan rendido;
esta noche prevenido,
cuando las tres hayan dado,
os llegareis bien armado
á la puerta del jardin,
que allí pienso tendrán fin
vuestra pena y mi cuidado.» —

Medita atento Don Jaime
el billete con despacio,
y mas se aumentan sus dudas
cuanto mas le está mirando.

Y, sin pensar en peligros,
jiró por la calle abajo
repiñendo á media voz.

— «Cuando las tres hayan dado,
«He de ver mi amor cumplido
en el jardin de palacio;

que si hay en Burgos traidores
que mi ofensa han meditado,

«Yo les juro por quien soy,
como noble y castellano,
que han de llorar su deshonra
á mis plantas humillados.» —

JOSÉ DE GRIJALBA.

(El 2.º romance en el número próximo.)



Se suscribe al Semanario en las librerías de la Viuda de Jordan é Hijos, calle de Carretas, y de la Viuda de Paz, calle Mayor frente á las gradas. Precio 4 rs. al mes, 20 por seis meses, y 36 por un año. En las provincias en las principales librerías y administraciones de correos con el aumento de porte.

En las mismas librerías se venden juntos ó separados los seis tomos anteriores de la coleccion desde 1836 á 1841 inclusive. Precio de cada tomo en Madrid 36 rs., y tomando toda la coleccion á 30. A las provincias se remitirán los pedidos que se hagan con el aumento de seis rs. por tomo del franqueo del porte.